

REVISTA DE VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

NÚMERO 1.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

VALPARAISO.
IMPRESA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

—
1873.

AAF 3227

VAYA UN CONSUELO!

No te irrites, hermano, porque un chinche
A quien ninguno conoció en la escuela
Y que ha leído tal o cual novela,
Echándola de crítico relinche.

No rasgues sangre ni te dé berrinche
De ese zoilo la torpe cantinela.
¿Que eres bruto? Corriente! y que la abuela
Del estúpido crítico te cinche.

Saber debiste desde el mismo día
En que te echara Dios por estos trigos
Trayendo del talento la joroba,

Que en esta tierra tuya y también mía
Los reptiles del mérito enemigos,
Y los tontos se barren con escoba.

1873.

RICARDO PALMA.

EL LUJO.

Sabed que, si el lujo enriquece los
grandes estados, pierde los peque-
ños.

(Anónimo).

Consecuentes con el principio de levantar el espíritu de la mujer, aferrado a pequeñeces y puerilidades, principio que nos ha conducido ya a la arena pública, hemos aplaudido con entusiasmo la creación de un periódico literario dirigido por una mujer. E impulsados por este entusiasmo, ofrecimos a la inteligente directora de la REVISTA DE VALPARAISO nuestra débil colaboración.

El cumplimiento de nuestra promesa nos ha sido reclamado. Queremos cumplirla, y al tomar la pluma para traer aquí nuestro continjente, hemos buscado el tema que debe ocuparnos, y pareciéndonos de actualidad el que encabeza estas líneas, no vacilamos en elegirlo.

Vamos a disertar sobre una materia que ha sido tan debatida en todos los tiempos, que nuestras palabras no tendrán el atractivo de la novedad para los que fijen sus miradas en este artículo. Sin embargo, nos lisonjea la esperanza de que nuestras apreciaciones sobre el lujo no carecerán de algun interes para cualquiera que se detenga a pensar en el estado actual de nuestra sociedad.

En una nacion jóven y republicana como la nuestra, el lujo es una verdadera plaga.

Esta es una verdad tan clara, que, volvemos a repetirlo, nuestras declaraciones contra el lujo no serán una sorpresa para nadie.

Tenemos a la vista un eminente escritor del siglo pasado, que dice:—"Hace dos mil años que se declama contra el lujo en verso y prosa y se le ama siempre. Se han escrito muchos volúmenes sobre esta materia, y el lujo ni ha disminuido ni ha aumentado por esto." Lo que significa que han sido perfectamente inútiles.

Todo esto es profundamente desconsolador, por la abrumadora exactitud, para la que escribe estas líneas.

No nos alienta ninguna esperanza de éxito. Estamos ciertos de no alcanzar nada con nuestras advertencias, por mas justas que ellas sean, y por mas esfuerzos que hagamos para patentizar esta justicia.

Emprendemos una tarea bien ingrata: intentamos combatir un enemigo que declaramos invencible de antemano.

¿Qué propósito nos guía entonces, se preguntará cualquiera? El que guía siempre al que escucha la voz de la conciencia: señalar el mal donde cree verlo; mostrar el escollo a los que van a estrellarse en él.

Podria quizas tomarse por una pretension exorbitante lo que acabamos de decir. Con qué títulos queremos hacernos los mentores de una sociedad entera?

El temor de que tal cosa pudiera pensarse nos retraeria si fuéramos a descubrir peligros desconocidos para la jeneralidad. Por nada en el mundo querriamos aparecer arrogándonos la facultad o el tono de mentor.

Afortunadamente, como el mal que vamos a señalar no es un

secreto para nadie que se tome el trabajo de pensar sobre la marcha social de un pueblo como el nuestro, no abrigamos este temor, y llevaremos adelante nuestro propósito, tranquilos a este respecto.

Como íbamos a decir: obedecemos al escribir el presente artículo, a un móvil que ha impulsado siempre nuestra pluma: satisfacer una aspiración del alma escuchando la voz de la conciencia. Estas son y serán por toda la vida nuestros únicos motores en el difícil cuanto espinoso trabajo de escribir para el público.

Ya lo hemos declarado en otras ocasiones; si lo repetimos aquí, es solo para dejarlo consignado una vez más como nuestra profesión de fé literaria.

Satisfecho este pequeño arranque de espontaneidad, continuemos:

El lujo, dicen, es una consecuencia natural del progreso de la especie humana. Es el resultado lógico, preciso de la desigualdad de las fortunas. Habiendo ricos y pobres habrá lujo.

Se habla de Lacedemonia en la antigüedad, que para sustraerse al lujo conservó la igualdad y comunidad de bienes; pero tenía un pueblo esclavo que labraba la tierra, lo que era mucho mas deplorable que el lujo.

Esto hizo tambien, segun algunos historiadores, que jamas Esparta pudiera competir con Atenas en los grandes hombres que ambas produjeron. Mientras Atenas cuenta con los Demóstenes, Sófocles, Apeles y Fidias, Esparta solo tiene algunos capitanes, y siempre en menos número que las otras ciudades.

El lujo de Atenas, dicen, produjo grandes hombres en todo jénero.

Concluiremos, pues, con una gran verdad: que el lujo considerado en jeneral es un bien.

Para condenar el lujo en absoluto, seria preciso condenar con él todo lo que las artes y la industria han producido de bello y útil en el mundo.

Las grandes creaciones del jénio, desde los Fidias hasta los Miguel Anjel; los preciosos y útiles inventos de la industria, desde las magníficas telas de la India hasta las bellas y diáfanas porcelanas de Sèvres; en fin, todo ese conjunto de grandeza que hace el adelanto y la cultura de las sociedades, y que forma el corolario de la civilización.

El lujo es un estímulo y un sostenedor de las artes y del trabajo. Sin los progresos realizados por este gran májico, estaríamos aun

vestidos de pieles como nuestros primeros padres, y habitaríamos en chozas pajizas como los indios de nuestras fronteras, lo que, por mas poético que haya parecido a los cantores de todos los tiempos, no creemos que tendria nada de agradable.

Condenar, pues, el lujo sin escepcion, seria un absurdo, o por lo menos una escentricidad que sentaria mui mal en esta época en que la práctica del mundo ha dado la importancia debida a las comodidades que el lujo proporciona, y que hacen uno de los encantos de la vida.

Lo que nosotros, pues, condenamos con todas nuestras fuerzas, y lo que nos proponemos demostrar aquí, es que gastar más de lo que se tiene, aun cuando sea con fines laudables y en objetos preciosos, es un mal de mui graves consecuencias. Que el esceso, pernicioso en todo, es fatal en el lujo para un pais que vive del trabajo como el nuestro.

No hai entre nosotros esos grandes potentados que, disfrutando de cuantiosas rentas desde tiempo inmemorial, no tienen que preocuparse sino de la manera de gastarlas.

Somos una nacion de ayer, y somos todavia una nacion pobre, puesto que la fuente de nuestra riqueza está solo en el trabajo de cada uno.

Todos tienen que labrarse una fortuna, fortuna las mas veces incierta. Son mui pocos, pueden contarse quizas aquellos cuyos bienes estén al abrigo de los eventos propios de todo negociante. Hai que pensar siempre en el dia de mañana.

Se comprende sin esfuerzo que el lujo que signifique gastar en superfluidades lo que tal vez hará falta al dia siguiente para lo necesario, es una calamidad en sociedades asi constituidas.

Se nota en nuestra sociedad una tendencia mui marcada al fausto y la ostentacion.

Segun el señor Vicuña Mackenna, esta tendencia trae su oríjen de la instalacion en nuestro suelo de la Real Audiencia. "De aquella fuente vino otro mal social que palpita todavia en nuestras entrañas y las devora: el lujo." (Historia de Santiago, páj. 181. t. 1.º)

Esta propension ha sido la causa, sin duda alguna, que de todas las capitales de las repúblicas sud-americanas, la nuestra sea la mas notable por sus edificios públicos y particulares. Hai quien llama a Santiago la ciudad de los palacios.

No nos quejamos de esto; pero las fortunas ¿están en relacion con estas soberbias apariencias? Tememos que nó.

El año sesenta y tres hemos atravesado por una crisis comercial que no respetó a muchos de los dueños de estos palacios. Ahora mismo la crisis ha vuelto a dejarse sentir. El pánico va estendiéndose. No es posible calcular aun dónde y cómo irá a concluir esta situación, verdaderamente angustiosa para un país cuya inmensa mayoría vive de especulaciones comerciales.

A nuestro juicio, hai mucho de efímero y vano entre nosotros. Somos dispendiosos por vanidad, por cierto espíritu de competencia mui desarrollado en nuestra sociedad: parecer que se tiene más que el vecino.

Somos un país republicano, democrático, industrial y trabajador, cualidades que nos han traído la ventajosa posición en que se encuentra nuestro crédito nacional en el extranjero y nuestra prosperidad jeneral.

Nuestro empeño debía ser, pues, tratar de conservar estas ventajas, haciendo que nuestras costumbres fuesen conformes con estas bases de nuestra organización política y social.

Y lejos de eso, quizá en ninguna de nuestras hermanas las repúblicas sud americanas ha dejado mas huellas nuestro oríjen monárquico que en nuestra sociedad. Todos sus hábitos están empapados en las preocupaciones de las viejas monarquías. Nuestra aristocracia se envanece aun de sus pergaminos, como se envanecería en los buenos tiempos de don Pelayo.

Nuestros nobles son intransijentes con ciertas ocupaciones. Solo admiten compatibles con su alcurnia las faenas del campo, donde ejercen una potestad que tiene mucho de parecido a la de los antiguos feudatarios de la Edad Media.

El don Quijote no es aquí un tipo que esté mui pasado de moda.

La inclinación al lujo en nuestros nobles es un derivado lógico del antiguo derecho divino de los reyes: la distinción de clases. Cada uno quiere colocarse a la mayor distancia de lo que se llama clase media y pueblo. De ahí la necesidad de vivir a lo príncipe.

Todo entre nosotros participa de esta funesta tendencia a la ostentación, de una malhadada propensión de atender antes a lo brillante que a lo útil.

Tenemos el teatro mas lujoso de Sud América.

Tenemos paseos de todo jénero que cuestan injentes sumas.

Nuestro gran mundo acude ahí: para lucir las mujeres sus magníficos trajes, sus deslumbrantes y valiosas joyas, y los hombres, pa-

ra envanecerse de acompañar a damas ataviadas con tal magnificencia.

Los soberbios carruajes cruzan en todas direcciones las avenidas del *Parque Cousiño*; y el que tiene la gran fortuna de pasearse en el de mas precio, en el mejor montado, ¡oh! ese será saludado por infinitos amigos, que talvez la víspera no conocia, porque ellos no conocian tampoco al magnífico carruaje, que es en buena cuenta al que saludan.

Cada una de nuestras reuniones públicas es un torneo del lujo y la vanidad, su eterna compañera.

Fácil es calcular a dónde puede conducir la satisfaccion de salir vencedor en estos torneos del mundo moderno, que, a diferencia de los antiguos, en que todo era noble y elevado, aquí todo es pequeño y mezquino.

Otra de las consecuencias deplorables del lujo que se despliega en los atavios, que tanta importancia da a los trajes, y que dora así las apariencias, es empequeñecer el espíritu.

Se da tanto valor al dinero que proporciona tales triunfos, que todas las nociones del bien y la virtud corren peligro de ser arrastradas por este torrente devastador del lujo.

No se estima ya sino al que posee una fortuna. A ese todo se le perdona; siempre será un ser perfecto. Se guardan todos los anatemas, todos los furores de las conciencias escrupulosas, para el que tiene la gran falta de ser pobre si la desgracia lo impele a un precipicio. Oh! entonces, nada parece bastante severo para condenarlo.

Hasta la balanza de esa diosa que en balde se venda los ojos, la justicia, inclina tambien su platillo hácia el lado de su majestad el *Millon*.

Por eso es que una sociedad poseida por ese pequeño demonio que se llama lujo, cuando aun no ha llegado al grado de riqueza necesario para alimentarlo, se coloca en una pendiente tan vertiginosa, que apenas habrá quien escape de caer en el abismo.

Segun nuestra opinion, nuestra sociedad está colocada en esta pendiente y se deja arrastrar al peligro. Marcha dichosa y envanecida a precipitarse muchas veces en los antros de la miseria, como los antiguos mártires del cristianismo marchaban a precipitarse en las hogueras del martirio, con la sonrisa del placer en los labios y las coronas del triunfo sobre sus cabezas.

Pero hai una enorme diferencia, diferencia que casi hace impo-

sible la comparacion: si era sublime y grandioso el sacrificio de los últimos, que así daban su vida por consagrar una creencia que debía salvar la humanidad, el sacrificio hecho en aras del lujo y por la vanidad es algo tan pequeño y miserable, que solo inspira el desprecio de las almas que saben elevarse a bastante altura para contemplar con desden a estas víctimas de la ostentacion.

Nos parece, pues, llegado el momento de decir a esta sociedad que así se deja llevar por el vértigo del lujo:—Tened cuidado: cada individuo, lo mismo que cada sociedad, debe cuidar de no caer en los extremos. Y como ya lo hemos dicho, ninguno de estos extremos puede ser para nosotros de mas graves consecuencias que el lujo inmoderado.

Hai siempre un fondo amargo en toda copa que se apura hasta las heces.

Por otra parte, los placeres de la vanidad, que consisten en llamar la atencion por los atavios, por la riqueza y valor de todo lo que se compra con dinero, son los placeres mas tristes y que mas prueban nuestro miserable oríjen: el primer hombre fué hecho de barro.

Los triunfos que proporciona el lujo están al alcance del primero que pase por la calle, cuando éste tenga dinero.

Pensad un poco en lo mezquinos que son esos laureles a que dais tan alto precio, y ya no os empeñareis tanto por obtenerlos.

Si quereis distinguiros entre la multitud, decimos sobre todo a las mujeres, que por su espíritu frívolo y vano son las mas sensibles a los halagos del lujo; si quereis ser admiradas, aplaudidas en todas partes, elejíd un camino para conseguirlo que os eleve y engrandezca: sed virtuosas; llenad vuestros deberes en cualquier situacion que el destino os coloque. Llenadlos con naturalidad y sencillez. Entonces vuestra vanidad, si es que una mujer así puede tenerla, será una vanidad lejitima, y tendreis derecho para erguir vuestra frente tan alto como querais.

Bien sabemos que nuestra débil voz se esforzará en vano para recomendar la modestia, la moderacion, el balance entre la fortuna y los gastos; sus ecos irán a perderse en medio del ruido y la embriaguez con que el lujo llena los salones de la aristocracia.

Por mas verdad que nuestras palabras encierren, no irán a turbar el festin como el Mané, Thecel, Pharés de la historia sagrada.

Sin embargo, sostenidas por nuestras convicciones, vamos a agregar todavia algunas advertencias a nuestros mandatarios.

Queremos decirles: dejad de pensar en paseos y en monumentos,

Si es verdad que embellecen una ciudad, acordaos que la belleza no ha sido ni será jamás lo que constituye el bienestar de un pueblo.

Atended primero a lo útil, y despues habrá tiempo, estad seguros, para lo agradable. Ello vendrá por el aumento de la riqueza; pero dejadlo venir sin violencia alguna, que toda violencia en este sentido es perjudicial.

Siendo la inmensa mayoría la clase menesterosa, es a ella a la que debeis atender primero. Y esa clase no gana nada con vuestros paseos, a donde no puede asistir por su miseria, ni con vuestros monumentos, cuyo valor no está aun en estado de comprender.

Empeñaos antes en darles habitaciones sanas y limpias, en proporcionarles diversiones a su alcance y que la moralicen. Empeñaos con toda vuestra intelijencia y actividad en multiplicar las escuelas en las ciudades y en los campos.

Predicad en estas escuelas, predicad sin cesar el amor al trabajo. Inculcad en nuestro pueblo las sanas ideas de que el trabajo traerá el bienestar de la familia, dará luz y abrigo al hogar, y traerá todavía como consecuencia lógica la estimacion de sí mismo al hombre que siendo la causa de tanto bien, habrá cumplido con su deber. La estimacion de sí mismo, la dignidad, el honor de cada individuo, ved aquí lo que eleva a un pueblo y lo engrandece.

Cada hombre será entonces un ciudadano que, como los romanos de los primeros tiempos, tendrá la altivez que da una vida sin tacha y una conciencia pura.

Y esa fué la época mas floreciente de la república romana.

Aquí debia fijarse con insistencia la atencion de nuestros hombres de estado.

Arrancar al pueblo de la miseria, arrancarlo de esos hábitos groseros que lo envilecen, hacer de cada hombre, cualquiera que sea su condicion, un individuo útil a la sociedad, ese seria un desvelo digno de los jefes de una república democrática y que debia ocupar a cada mandatario en su localidad.

Así, nuestra nacion llegaria a ser admirada, nó por sus teatros y sus paseos, que todo eso es secundario, sino por el espíritu elevado de sus hijos, por la moralidad y cultura de su pueblo, que, cifrando todo su orgullo en ser laborioso e ilustrado, prometeria un porvenir grande y próspero a su patria.

Entonces sí que tendríamos derecho para creernos la primera de las repúblicas sud-americanas.

Pero mientras nuestros obreros tengan por habitaciones cuartos

malsanos y miserables; mientras las tradicionales chinganas, centros de barbarie y corrupcion, sean su único entretenimiento, no seremos mas que un pueblo vano y ostentoso.

Menos boato, menos ruido, menos relumbrones, que contribuyen a aumentar en nuestra sociedad la aficion al lujo y la satisfaccion pueril de envanecerse por apariencias, sin fijarse en el fondo que estas apariencias pueden cubrir.

Mucho brillo, muchas estátuas, infinitos monumentos, para recordar héroes de ayer que todos hemos conocido de vista, lo que significa que el olvido no ha descendido aun sobre ellos y que se apresuran demasiado para perpetuarlos en el bronce. Nos parece que ese debia ser un cuidado de la posteridad. Ella sola puede dictar fallos desapasionados y justicieros.

Mientras tanto, nuestro pueblo, que no parece mui edificado con el ejemplo que estos héroes le han dado, asesina y roba en las ciudades y en los campos.

Meditad, meditad un poco en todo esto, y hareis algo que os merezca, como a Marco Aurelio, el amor de su pueblo y la admiracion y aprecio de las jeneraciones futuras.

La idea que al comenzar estas líneas vino a desconsolarnos, vuelve a nuestra imaginacion al concluir.

No alcanzaremos nada? no traeremos a nuestra causa una sola adhesion? estaremos solos y aislados en nuestros propósitos?

¿El lujo seguirá «devorando nuestras entrañas?»

¿No será posible que nuestra sociedad establezca proporcion entre lo que se tiene y lo que se gasta, esta proporcion que hace, lo mismo el bienestar de una nacion, como el de cada familia?

Este es el gran principio de toda la ciencia económica, y como todas las verdades, es sencillo y claro hasta para la intelijencia de un niño.

Estamos desalentadas; solo nos queda la satisfaccion de haber llenado un deber.

Mientras tanto, nos consolaremos como se han consolado los moralistas de todas las épocas. Una sola alma, dicen ellos, que conquistáramos; una sola familia, decimos nosotros, que se contuviese en la fatal pendiente, nos daríamos por suficientemente recompensadas.

LUCRECIA UNDURRAGA DE S.

Santiago, octubre 21 de 1873.